



## *Es el río que vuelve*



*Oscar Luis Aranda Durañona*





OSCAR LUIS ARANDA DURAÑONA

ES EL RÍO QUE VUELVE

-NOVELA-

TORRE DE BABEL

ediciones ruinas circulares

Aranda Durañona, Oscar Luis

Es el río que vuelve. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ruinas  
Circulares, 2011. - (Torre de Babel; 0)

**E-Book.**

ISBN 978-987-3613-12-8

1. Narrativa Argentina. 2. Novela.

CDD A863

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723  
NOVIEMBRE 2011

Diseño de tapa: *Florencia Biondo*

Imagen de tapa: "La Simonetta" atribuido a, *Piero Di Cosimo* (1462-1521)

Contacto con el autor: [oscarluisaranda@gmail.com](mailto:oscarluisaranda@gmail.com)

Ediciones Ruinas Circulares  
Directora: Patricia Bence Castilla  
Aguirre 741 - 7º B  
(1414) Buenos Aires  
E-mail: [info@ruinascirculares.com](mailto:info@ruinascirculares.com)  
[www.ruinascirculares.com](http://www.ruinascirculares.com)

-

*Algunas notas dispersas sobre este libro*



Un río que vuelve es una buena metáfora del devenir (Heráclito), aunque esta vez mezclado a lo que regresa, y lo hace con esa constancia del agua y en medio de una continua modificación que retorna al punto de partida. Y esa vuelta, esa repetición tienen que ver con una vida en cuya red hay nudos como el amor primero. Esta excelente novela de Oscar Aranda relata los ritos iniciáticos de la adolescencia, con un sentimiento de marcada nostalgia. La nostalgia (del griego: dolor del regreso) tiene un sufrimiento que alguna vez calificó Francesca da Rimini en el canto V del *Inferno*: “no hay mayor dolor que recordar el tiempo venturoso en la miseria”. Aunque aquí no se trata de un presente miserable en el decir de Dante, sino de cierto echar de menos lo que no somos, cierta insatisfacción de la materia ante el origen perdido. Y también un encantamiento, el hechizo de lo que es memoria y está en alguna parte (al menos en un libro), una patria evocada que es el primer sentimiento que está lejos de los posteriores escepticismos y donde todo es nuevo. Incluso lo religioso (lo que se re-liga) está producido en la misma fuente: así puedo evocar la nostalgia incomprensible como indicio del más allá en expresión de Ionesco.

No obstante resulta interesante entender el carácter ficcional de la memoria y de la añoranza. Aquí en la trama relatada por Aranda, el personaje Cacho Chico Corvalán empieza a narrarse como primera persona protagonista desde un presente más cercano en el tiempo, a partir de encontrarse con su primo Esteban que lo llevará a un recuerdo: Etelvina, Lunlunta, Mendoza. Pero antes se remonta a un pasado aún anterior, en Alta Gracia, presenciando el disloque de su familia que se disgrega por problemas familiares y económicos. El “Cacho Chico” va a parar a la casa de su abuelo en Lunlunta donde comenzarán sus dichas y desolaciones, casi abandonado o en exilio: sin embargo encontrándose a sí mismo en un momento crucial de la vida que es la pubertad.

Se trata de una historia fluida, bien escrita y bien urdida, sin caer en blanduras sentimentales ni lugares comunes, pero adentrada en los misterios de las emociones. Los diálogos son creíbles, con algunos registros regionales y los personajes tienen la congruencia

y carnadura que logran los buenos narradores. En ningún momento decae la historia, y tiene los ingredientes de las mejores narraciones. Los personajes más delineados son, sin duda Etelvina, especialmente, su padre (el abuelo de Cacho Chico) y su madrastra. El narrador (Cacho Chico) a pesar de sus ingenuidades, tiene sus malicias y todo el claroscuro y la ambivalencia que requiere un personaje verosímil. Las descripciones no caen en facilismos paisajistas : sin embargo logran ubicar perfectamente al lector en el ambiente rural mendocino, y ambientarlo en el tipo de campesinos que viven en esas regiones, sus dichos, bromas, malignidades, inocencias.

La historia maneja un suspenso que no decae. Tiene sus emblemas, sus motivos que aparecen y se resignifican. El más importante es el cuaderno Gloria. Un cuaderno es un registro de lo que ocurre, una especie de manera de oponerse a la destrucción y en eso consiste cualquier "gloria". El Cacho Chico escribe allí sus experiencias y en él buscará esa vuelta de tuerca que aunque nada le devuelva, le traerá una especie de esperanza sin esperanza, una recuperación imposible, pero una recuperación. Una gloria sin gloria, pero gloriosa al fin si se me permite la paradoja, base de cualquier literatura que se precie.

\*\*\*

Toda voluntad de escritura es una refutación del tiempo diría Nietzsche. La pulsión de retroceder en un tiempo que corre hacia delante es cierta necesidad de inmortalizar el instante: una voluntad de mirar lo que ya no puede ser mirado. El Eros es así, una venganza contra lo que ha sido y no puede ser y está en la base de la narrativa y la poesía. Cualquier lenguaje tiene no obstante, una inconsistencia de origen porque no puede luchar con el desencanto y la incerteza, contra las opacidades, con la ficcionalidad de amar sabiendo que se da lo que no se tiene a quien no es. Pero la obra de arte no deja por eso sus propósitos y en esa transmutación ficcional consiste su grandeza aunque el combate esté perdido de antemano.

Y nada más seguro que en esta novela escrita contra y sobre el tiempo.

LILIANA DIAZ MINDURRY  
Buenos Aires, noviembre de 2011



*¿y ha de morir el mundo mago  
donde guarda el recuerdo  
los hálitos más puros de la vida  
la blanca sombra del amor primero?*

Antonio Machado

*En memoria de mis tíos mendocinos Aranda Corvalán.*



## I

Los golpes se oyeron suaves, espaciados. Consulté el reloj y me acerqué a la puerta. Arrimé los labios al chijete que se filtraba a través de la unión con el marco:

— ¿Quién es?

— Esteban Corvalán — contestó una voz amortiguada.

Durante segundos hurgué en mis registros memoriales. No recordé a nadie con ese nombre:

— ¿Qué quiere?

— Busco al señor Corvalán.

— ¿Y cómo entró en el edificio? ¿Quién le abrió? — indagué con una autoridad que no terminaba de disimular mi desconfianza.

— El señor de la entrada.

Mientras alzaba la mirilla y me cercioraba de que estaba solo, maldecía al viejo vago del encargado y a los tipos del consorcio que nunca arreglaban el portero eléctrico.

— ¡Ajá!, pero..., y a usted... ¿lo conozco?

— Escúcheme, señor, soy Esteban Corvalán un primo suyo, pues — replicó el desconocido con una entonación impaciente.

“Primo y... ¡mendocino!”, murmuré al identificar la tonada. Entreabrí el pasador. Desde la media sombra del corredor mi supuesto primo me apuntaba sus ojos sin pestañear. Las pupilas oscuras, los hombros y el mostacho recios contradecían su aparente timidez.

— Usted, ¿es el Cacho Chico? — interrogó aclarándose la voz.

Ignoré que me había nombrado por el apodo de mi infancia y me detuve a estudiarle el semblante, la línea de dientes apenas insinuada por la sonrisa. Entornó los párpados, y el gesto me arrimó una figura familiar.

— Primos, ¿por parte de...?

— Hijo de la Etelvina, pues — contestó como si esa filiación fuese la clave que me ayudaría a reconocerlo. Agitó un sobre en papel madera y repitió —: Etelvina, Lunlunta, ¿ya se olvidó?

— ¡Ajá!

Mientras los ecos de mi exclamación de desvanecían en el pasillo, el acento y los nombres se adentraban en mi cerebro, poco a poco abrían puertas enmohecidas, desgarraban las telarañas del tiempo. En el final

percibía el río color leonado, el sonido de sus aguas turbulentas antes de que construyeran el dique, las nieves azuladas por la distancia. Esteban me devolvía las miradas. A mis espaldas, por la ventana de la sala entraban bocinazos, frenadas, aceleradas de colectivos. Del escritorio surgía el zumbido monótono de la impresora y de aquí dentro, del pecho, nada ni un misérrimo latido.

“Etelvina”, dije más que nada para mí, con esa voz gangosa, desorientada. La voz soplada con el fondo del garguero y que se supone inaudible. Él sonrió, diciéndome que sí con la cabeza. A mí, la sangre se me retardó calculándole la edad. *Treinta y ocho, cuarenta; ojos redondos color café. ¿Será él?*, pensé.

—¿Tía Etel? —balbuceé, la mandíbula repentinamente más pesada.

Al tiempo que Esteban en pocas palabras me ratificaba que era hijo de tía Etelvina y que acababa de llegar de Mendoza después de un largo viaje, yo pensaba en ella, en la candorosa época de la primera juventud, en los nombres arrumbados en el desván del cerebro, en los ecos de mis gritos apagados por el río, y me invadía esa sensación de no ser yo quien vivía ese momento, el del tiempo suspendido, el del instante que no pasa. Quise acelerar el reloj y recobrar el pulso. Busqué los ojos quietos de Esteban, las manos fuertes que sostenían un envoltorio de papel, el pasillo a oscuras, la cadena de seguridad. Apuré un doloroso trago de saliva. Tosí. Volví a mirarlo. Él se mostró turbado. Retiré el pasador y lo invité, tuteándolo:

—Pasá, por favor.

Caminó a mi lado. Desvié la cara y oculté un indeseable temblor de labios. El departamento era modesto, viejo como mis costumbres, el único que había podido comprar con el humilde ingreso de la editorial que regenteaba. La pequeña empresa que me tenía como único accionista, corrector, armador, distribuidor, cadete y, de vez en cuando, editor de un libro o folleto de publicidad. Medité en la influencia de tía Etelvina en mi vocación literaria. También, en la aparición de aquel primo a quien me resistía a darle la bienvenida y que todavía permanecía de pie cerca de la entrada.

—Sentate —dije, indicándole el sofá.

Él se negó aduciendo que venía sólo un minuto, que no quería hacerme perder tiempo, que estaba de pasada. Yo seguía aturdido, girando sin rumbo por la sala y preguntándome por el modo de arrancar una conversación. Hacía calor. Molestaba el alboroto que se colaba desde la

calle. Fui a cerrar la ventana. Forcé la hoja desvencijada. El golpe debió alertar a Amalia. La oí detener la batidora, entornar la puerta. Sin dejarse ver por Esteban, con gestos, me preguntó por la identidad del visitante.

— Un señor — le respondí, acercándome.

No sé porqué no lo presenté ni porqué disimulé la vinculación con el pariente olvidado que al escuchar la respuesta echó el mentón atrás y se dispuso a partir. Caminé hacia él. Con una actitud más serena, insistí en que se sentara.

— No. Era sólo un minuto — respondió secamente.

La respuesta fría me reveló su decepción. Tal vez, Etelvina le había hablado de mí, del primo que vivía en Buenos Aires. El sobrino de Alta Gracia, el aprendiz de poeta, el loco enamorado y sentimental, pero distinto de otros familiares que posiblemente a él lo hubieran rechazado. Noté que fruncía los labios y no sin cierto fastidio que me entregaba el sobre lacrado, diciéndome:

— Vine a traerle esto, nada más.

Tomé el cuaderno Gloria con el fervor que se recibe una reliquia (al tacto había percibido la espiral de alambre). Y descubrí la letra redondeada, simétrica, la que había escrito la dirección. Hipnotizado, mis ojos besaron esos trazos. Casi temblando, demoré en murmurar un gracias desteñido, inaudible. Cuando levanté la vista, Esteban, sin darme la mano, había dado media vuelta y salido de mi casa. Quise detenerlo, enmendar lo que él habría interpretado como una actitud vergonzante. Encendí la luz del corredor. Había llegado al ascensor.

— ¿Cómo está ella? — lo interrogué en voz alta.

Esteban se frenó en seco. Advertí que su espalda se ponía rígida; la nuca, tensa. Lentamente entornó la cabeza y me dirigió una mirada penetrante, de aquellas que solía echar su madre:

— Murió hace un mes — contestó calmo, se volvió y abrió la puerta enrejada.

El ruido metálico del ascensor que bajaba, la contundencia rectangular del pasillo, la dureza de la oscuridad que lo ceñía, enfriaron el aire. Con la boca abierta, con dificultad, traté de oxigenarme y sentí el dolor profundo en el centro del pecho. El dolor punzante, de antes y de siempre, pero renovado. Le oculté la cara a mi mujer y no acepté el mate que me ofrecía. Tercamente me negué a explicar quién era el extraño que acababa de marcharse.

>

Encerrado en mi escritorio, desempaqué el cuaderno Gloria. Con una inexplicable ansiedad, contemplé el alambre enroscado y las cubiertas manoseadas de mi anotador de poemas juveniles. Acariciando sus tapas con la mano abierta, sin decidirme a leer el interior, por la ventana miré la nostálgica puesta de sol en el barrio Montserrat. Calculé los años transcurridos. Cuarenta, medio siglo, ¿quién podría saber? Tampoco interesaba. Bastaba decir que había trabajado en aquellas páginas hacía tiempo, mucho tiempo, tanto que podía afirmar que esos garabatos provenían de otra vida o, muy bien, que eran de otra persona, o que las escenas evocadas no me pertenecían. Perfectamente podían ser vivencias ajenas, sueños prestados, historias de películas. Sin embargo, los cantos gastados del cuaderno Gloria me devolvían con vigor a los álamos, al desagüe, al río Mendoza con sus aguas originales. Con tanta fuerza que con sólo cerrar los ojos, los recuerdos se enroscaban en un torbellino, en los reflejos de un prisma espejado, de un calidoscopio viviente que giraba y multiplicaba miradas, sensaciones. En el centro, eje luminoso de un carrusel, aparecía ella con la cabeza echada hacia atrás y su risa, sus manos, los dedos finos y alargados que se deslizaban por mi frente. Después, se alejaba y más tenue que un copo de espuma el óvalo de su cara se diluía en la correntada que fluía entre las piedras. Y ahora el río volvía como si no estuviera el dique.

Quise ver sus aguas animadas. Doblé la esquina superior del cuaderno y fui soltando las hojas a gran velocidad con el pulgar. Una o dos veces repetí el procedimiento y aspiré la brisa que despedía el pasaje del papel y reconocí el aroma de las noches en los viñedos. En la tercera, guiado por una corazonada, el dedo se frenó aproximadamente en la mitad. Con una mezcla de sensaciones primitivas enredada en lo hondo de la boca, abrí el cuaderno en la página donde había escrito el último poema, el que redacté después del episodio en la toma del canal, durante mi convalecencia en Lunlunta. Sonreí al evocar la ingenuidad de las metáforas, el significado de los versos, las veleidades de un seductor de chicas viñateras. Lenta, cuidadosamente, cerrando los ojos tras cada palabra, recité la poesía. Recordaba puntos y comas. Al terminar, aunque estaba seguro de que, salvo la frase que yo había escrito en el reverso de la página, antes de viajar hacia Alta Gracia, el resto del cuaderno se hallaba en blanco. Obedecí al mismo palpito que había guiado mi pulgar hacía

unos minutos y volví la hoja.

“¡Dios!”, exclamé en voz baja. En el centro, debajo de la frase con la que había declarado al mundo mis sentimientos de aquel entonces, tropecé con seis letras recién añadidas; dos palabras anotadas con una tinta que a todas luces era fresca; un pensamiento expresado con una escritura redondeada, con una letra que no era mi letra, con la misma grafía que había escrito la dirección en el sobre lacrado. Seis letras que unidas tenían una connotación profunda, enorme, y tan reveladora que tuve la extraña sensación de que la orientación que había llevado mi existencia hasta ese momento sufría un giro de ciento ochenta grados. El nudo en la garganta se me hizo insoportable.

Secándome los ojos con la base de la palma, deseé fugarme a través de la ventana. Volar como en Lunlunta cuando salí a buscarla. Surcar la tarde que se desteñía sobre los techos de zinc, sobre las antenas retorcidas, sobre las ropas tendidas en las terrazas, sobre los patios y bateas de los conventillos del barrio Montserrat. Pasé mi mano lentamente sobre los relieves de la cicatriz del brazo izquierdo. Los bordes de piel brillante, el escozor de los días calurosos, me llegaron como un tronco salvador desafiando al río que volvía con los bríos del comienzo.

Inmóvil, con la vista alejándose por la ventana, divagué hasta que anocheció y los colectivos ralearon; y mi esposa cansada de llamarme a cenar abrió y cerró la puerta con un golpe y se fue a dormir. Sólo entonces tomé conciencia del protector de pantalla de la PC que dibujaba incansables dibujos geométricos y que yo todavía me acariciaba la cicatriz del brazo izquierdo. En lugar de los techados, veía estrellas opacadas por la respiración de la ciudad y percibía la inefable melancolía que nació en la orilla del río Mendoza, mucho antes de que construyeran el dique Potrerillos.

>

Supe que había llegado el momento de escribir, de alivianar mis hombros de la carga que los agobió tantos años. Debía remontar las aguas, quizás hasta sus nacientes, tal vez hasta Alta Gracia, hasta el viejo pueblo colonial de la iglesia jesuítica, de la plaza Manuel Solares, el Reloj Público y el Tajamar.



Toda voluntad de escritura es una refutación del tiempo diría Nietzsche. La pulsión de retroceder en un tiempo que corre hacia delante es cierta necesidad de inmortalizar el instante: una voluntad de mirar lo que ya no puede ser mirado. El Eros es así, una venganza contra lo que ha sido y no puede ser y está en la base de la narrativa y la poesía. Cualquier lenguaje tiene no obstante, una inconsistencia de origen porque no puede luchar con el desencanto y la incerteza, contra las opacidades, con la ficcionalidad de amar sabiendo que se da lo que no se tiene a quien no es. Pero la obra de arte no deja por eso sus propósitos y en esa transmutación ficcional consiste su grandeza aunque el combate esté perdido de antemano. Y nada más seguro que en esta novela escrita contra y sobre el tiempo.

*Liliana Díaz Mindurry*

Buenos Aires, noviembre de 2011

